... y al César, lo que es del César

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

...Y AL CESAR, LO QUE ES DEL CESAR

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

FRANCISCO TORO LUNA

Escrita en el año 1904 y estrenada en el TEATRO ROMEA el día 2 de Marzo de 1909



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1909

A mis simpáticos y buenos amigos Jerónimo Gómez, Pepe Palacios y Vicente Castilla.

Dice Cervantes que entre los pecados que cometen los hombres, el mayor es el desagradecimiento. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado huirlo, y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando éstas no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensará con otras si pudiera. Yo, pues, agradecido á la merced que me habéis hecho, y no pudiendo corresponder á la misma medida, os ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha.

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA ROSARIO................	Sra. Corona.
PAQUITA.......................	Srta. Valdivia.
CLOTILDE......................	Sra. Ezquerra.
JULITA.........................	Srta. Díaz.
MADAM........................	Sra. Envid.
DON PÍO.......................	Sr. Castilla.
LUIS..............................	Palacios.
DON MAGNÍFICO..............	López-Benety.
MARIANO.......................	Valero.

ACTO UNICO

La escena es un lujoso gabinete en casa de doña Rosario Fernández de Moncayo. Puerta al foro y laterales: una á la derecha y dos á la izquierda. A la derecha de la puerta del foro hay un sofá, y entre las dos de la izquierda una mesita escritorio.

(Doña Rosario es una señora de cincuenta años bien llevados, adinerada y religiosa, más por dandysmo que por arraigada creencia. Aparece escribiendo. De una lista que tiene delante va copiando los nombres y llenando los huecos de los bonos de la Conferencia de San Vicente. Usa gafas de oro.)

Ros. Llenaré el bono para la recomendada de Mariano. ¿Dónde puse yo la nota? (La busca revolviendo papeles.) No es ésta... ni ésta tampoco. (Leyendo en uno de los papeles que revuelve.) Distribución del tiempo en los días de esta semana. Lunes: Cuarenta Horas en San Ginés: por la mañana, misa solemne á las doce, adoración y vela; y por la tarde, trisagio, motetes y reserva. Martes: La Piadosa Asociación de las Hijas de María celebrará Comunión General y Ejercicios. Miércoles: Siervas y Siervos de María. Jueves: Esclavas y Esclavos de María. Viernes: El Sagrado Corazón de María. Sábado: La Corte de María en las *Carboneras*. (Guarda el papel.) Pero, ¿dónde habré yo puesto...?

(En esto aparece Mariano en la puerta del foro. Es criado de la casa. Viste frac.)

677306

MAR. ¿Se puede?

ROS. Pase usted.

MAR. Con su permiso. (Entregándole una carta que trae en una bandeja.) El demandadero de los Padres ha traído esta carta para la señora.

ROS. (La abre y la lee.) Bien. Me dicen que ya está montado el órgano que yo costeo para su iglesia. Ochenta mil pesetas.

MAR. (Ya sonará bien.)

ROS. Dígame usted el nombre de su recomendada, que se me ha extraviado la nota que me dió usted ayer.

MAR. Josefa... La llaman la Pepona León. Viuda...

ROS. Y con cuatro hijos.

MAR. (Y echando cuentas.)

ROS. No se me ha borrado el número de la memoria. (Llena el bono.)

MAR. Así es el mayor, (Señala poco menos de un metro.) y los dos últimos, mellizos.

ROS. No sé por qué tienen los pobres tantos hijos.

MAR. Será... porque Dios se los da. (Ya que no les da pan les da dientes. Siempre es un consuelo.)

ROS. (Firma el bono y se lo da.) Le he puesto dos raciones de pan y otras dos de arroz y bacalao. No puede ser más. ¿Reza el santo rosario?

MAR. Sí, señora.

ROS. ¿Y se confiesa á menudo?

MAR. Muy á menudo, sí, señora.

ROS. Eso es lo esencial. Ya sabe usted que nosotras no socorremos sino á personas muy religiosas.

MAR. Así debe ser. El que no sea religioso que se *chinche*. ¿Desea algo la señora?

ROS. Puede usted retirarse.

MAR. Con permiso de la señora.

(En esto salen por el foro Clotilde, Julita y Madam. Clotilde es una linda flor en toda su lozanía, y Julita un precioso capullito reventando por ser rosa. Clotilde viste traje claro y mantilla blanca: su hermosura se realza con las flores que adornan sus lindos rizos y su turgente y levantado seno. Julita viste de corto. Madam es una señora francesa de las llamadas de compañía, seria como un ajo. Clotilde y Julita acarician, ex-

tremosas, á una galguita inglesa que la primera trae en brazos. Mariano queda en la puerta esperando que entren.)

CLOT. ¡Lo que se quiere!. . ¡Lo que se quiere!...

MAD. (Se adelanta y saluda á doña Rosario.) *Bon soir, madame.*

ROS. ¿Están aquí ya las toreras?

JUL. ¡Dámela, dámela que le dé un besito!

CLOT. (Besando á la galguita repetidas veces.) ¡Toma, toma y toma! ¡Pero qué rica es! (Se la da á Julita y se adelanta á besar á su madre.) ¡Hola, mamá!

JUL. ¡No seas loca! ¡Loquilla, que me vas á romper el vestido! Llévesela usted, Mariano, llévesela usted. ¡Sí, sí, sí, monina! Luego te daré chocolate y galletas. ¿Sí? (Se la da á Mariano, quien se la lleva por el foro.) ¡Monina, monina, monina! (Se adelanta.) ¡Pero lo que entiende este animal!. . (Besa á su madre.)

MAD. El *peggo* es el más *inteligiente* de *togos* los animales.

ROS. ¿Y qué tal esa corrida?

CLOT. Aburrida, mamá, aburridísima. ¡No ha habido *hule*!... Nada saliente, á no ser una media del *Bombita* y un par del *Pataterillo*. ¡Es un maestrazo!

JUL. Y un escándalo monumental, porque un picador dejó clavada la garrocha. ¡Las cosas que le dijeron al pobre!...

MAD. Y á su familia. (Julita se quita el sombrero y Clotilde, ayudada de la Madam, la mantilla.)

JUL. En la plaza estaban las *Americanitas*, mamá.

ROS. Irían hechas unas fachas.

JUL. Como de costumbre.

CLOT. Deben encomendarse al demonio para que las vista. Luego con aquel colorcito que se ponen... porque anda lista la brocha en aquella casa: se pinta hasta el loro. La más pequeña, la Teté, se ha vuelto rubia de golpe y porrazo.

ROS. Pues era como el café tostado.

CLOT. Y la mayor, la Totó, en tres días ha sufrido siete cambios de color: hoy iba verde.

MAD. No se han *presentago* otras como las *señogitas*.

CLOT. Yo he llamado la atención de todo el mundo.

ROS. Has ido para ello: muy garbosa, muy garbosa.

CLOT. Que te diga la Madam las flores que me han echado.

JUL. Y á mí, mamá, y á mí.

CLOT. ¡Y cómo nos miraban al subir al palco aquellos curiosos que se ponen siempre al pie de la escalera!

MAD. Bien sé yo lo que *migaban.*

JUL. Y yo. (Se va la Madam por la derecha y se lleva el sombrero y la mantilla.)

ROS. Bueno; todo eso se lo contáis mañana al Padre Molina cuando os confeséis.

CLOT. Pero, ¿nos toca ya otra vez?

ROS. Van las Hijas de María.

CLOT. Pues que vayan; yo no puedo ir. Ya sabes que son los días de Juanita Gredos, que hay tertulia y baile en su casa y por nada del mundo falto.

ROS. ¿Y el baile es á las ocho de la mañana?

CLOT. ¡Qué pregunta!

ROS. Pues te confiesas tempranito y por la noche bailas hasta rendirte. No sé yo que esté reñida una cosa con otra.

JUL. Las Madres nos decían en el colegio que sí, mamá.

ROS. ¡Qué saben ellas de eso!

(Sale Paquita por el foro. Paquita es una joven hermosa y arrogante. Viste traje obscuro y sombrero del mismo tono de color. Trae un libro piadoso en la mano y un rosario de oro y nácar enrollado en la muñeca.)

PAQ. ¡Hola! ¡Temprano se ha concluído la corrida! (Besa á su tía.)

CLOT. Antes de las siete.

ROS. Y á juzgar por lo que cuentan, vienen hartas de divertirse.

PAQ. Me alegro.

CLOT. Si lo sé me voy contigo á la Conferencia.

PAQ. Mejor ha sido así; porque hubieses tomado un sofocón como el que yo traigo. (Se quita el sombrero y lo deja con el libro y el rosario encima de la mesa.)

ROS. ¿Pues qué perro te ha mordido?

PAQ. No ha sido perro; ha sido el Padre Molina.

CLOT. Le habrás confesado algunos pecadillos...

PAQ. No, tiíta, no, no he confesado.

JUL. ¡Bonito es para decirle cualquier tontería! ¡Echa unas penitencias!...

CLOT. Todavía estoy yo cumpliendo la que me impuso la semana pasada.

ROS. Razón tendría para ello, Clotilde. El Padre Molina es un religioso ejemplar y de conciencia.

CLOT. Y muy preguntón.

PAQ. Y muy aficionado también á meterse en lo que no le importa.

ROS. A un Padre siempre le interesa la vida de los demás por el bien eterno, Paquita.

PAQ. Conformes, tiíta; pero no lo hace él por eso: sus miras no están tan altas. Ya he conocido yo á los Padres. Si fuéramos á hacer caso de ellos, tendríamos que pedirles permiso hasta para respirar, que es lo que quisieran.

ROS. ¡Qué rebelde vienes!

PAQ. ¿Usted sabe cómo truena contra usted, contra mis primas y contra mí?

CLOT. ¿Contra nosotras?

PAQ. Contra todo bicho viviente de esta casa. Yo creo que no nos excomulga porque no puede, sino. . ¡el terrible anatema caía sobre todas nosotras! ¡Buenas nos ha puesto! A mí me ha llamado hipócrita, en buenas palabras ¿eh? pero me lo ha llamado; á tí no sube de necia y vanidosa, porque no piensas más que en lucir pingajos y en diversiones.

CLOT. ¿Eso ha dicho?

PAQ. A Julita se ha contentado con llamarla boba.

JUL. ¡Si me lo dice á mí!...

PAQ. De usted... no digamos, tiíta, usted ha sido la más ultrajada.

ROS. ¿Y por qué ese descomedimiento?

PAQ. Por su recadito y por la corrida de esta tarde: ambas cosas se le han debido poner de punta.

ROS. ¿Pues qué ve en ello de pecaminoso?

CLOT. Nada; ganas de molestar y nada más.

JUL. ¿Y quién le ha dicho lo de los toros?

PAQ. Yo, hija, yo. Después que terminó la conferencia, que ha versado sobre las penas del infierno...

CLOT. ¡Muy bonito tema!

PAQ. Entré en la sacristía para darle el recado que usted me encargó, y como me preguntara, al verme sola: ¿Y sus primas cómo no han asistido á los Santos ejercicios? ¿Están enfermas? No, le contesté; es que se da esta tarde la corrida de la Prensa, y de todo quiere Dios un poquito. (Señala como medio metro.) Así de larga fué la cara que puso. Protestó de los toros, de los toreros, de los aficionados que contribuyen al fomento de esa mala Prensa, que debía estar amordazada... No quiera usted saber cómo la puso. Ya comprenderá usted que no es la corrida en sí lo que tanto le ha escocido, sino el fin de ella.

CLOT. ¡Claro está!

ROS. ¿Y de mi encargo?...

PAQ. Le dije que esta noche no asistiría usted á la Junta, porque estrena Galdós en *Lara* y tenemos todas interés por conocer la obra. ¡Y aquí murió Sansón con todos los filisteos! Más valía haberle dicho una mentira cualquiera, porque aquello no fué fraile, fué un ciclón. ¡Conque al teatro, centro de perversidad y corrupción, y no á ver un juguete inocente, sino una comedia de Galdós, del impío y venenoso Galdós, que causa más daño con sus obras que todos los escritores juntos! ¿Qué moralidad es esta? ¿De qué sirven mis consejos y amonestaciones? Dígale usted á su tía que yo repruebo su conducta en nombre de la moral...

ROS. Eso ya es excederse.

PAQ. Y que esta noche en la junta daré cuenta á las otras señoras, y propondré un voto de censura...

ROS. (Se pone en pie colérica.) ¡Para mí!

PAQ. Y se la destituirá de la presidencia.

ROS. ¿Pero qué se ha creído?

PAQ. Así me lo ha dicho.

CLOT. ¡Eso es un abuso, mamá!

ROS. ¡Que no estoy dispuesta á consentir! ¿Quién es él para censurar mis actos? ¿Es que tiene atribuciones para ello? ¡Destituirme á mí!

CLOT. Sería un desprestigio.

ROS. ¡No será! ¡Pues no faltaba más! Yo le aseguro que no ha de quedar con ganas de meterse en nuestras intimidades; y si me apura mucho asistiremos á todos los espectáculos, y á todas las corridas, y á todos los teatros...

JUL. Y te excomulga. ¡Ji, ji, jiii!

CLOT. ¡Cállate, mema! (Julita se enfada por la reprensión y se retira á un extremo de la escena, donde se entretiene en hacer un gorrito con su pañuelo.)

ROS. ¡Venirme á mí con censuras y amenazas! ¡Ya sabrá esta misma noche quién es doña Rosario Fernández de Moncayo y Mirasol! (Se va furiosa por la primera izquierda.)

PAQ. ¡Así, así, tiíta!

CLOT. ¡Duro contra duro!

PAQ. ¡Nada de achicarse!

CLOT. ¡Que aprenda á distinguir!

JUL. ¡Y yo no confieso más con él!

CLOT. Ni yo.

PAQ. Mañana nos confesamos con el padre Calixto, que tiene la manga más ancha.

CLOT. Mejor será con ninguno. ¡Habrase visto!... De todo tiene la culpa mamá, y nadie más que mamá.

PAQ. Déjalo, que buena le espera. (En esto sale Luis por el foro. Es joven de veinticinco años.)

LUIS ¿A quién, á mí?

CLOT. Al padre Molina, que nos ha puesto á todas...

LUIS ¿Quién hace caso de esas cosas?

PAQ. ¿Pero tú sabes lo que ha dicho?

CLOT. Todo se lo paso menos lo de los pingajos. Decir que yo no gasto más que pingajos... ¡Eso no, y no, y no!

LUIS Tienes más que enviarle las cuentas de la modista...

(Aparece don Mganífico en la puerta del foro. Don

Magnífico es hombre de cincuenta años, calvo como una bola y cortés hasta la exageración. Usa gafas y gasta patillas, tan mal teñidas, que á dos leguas se le nota. Habla en tono muy solemne y campanudo.)

MAG. ¡Feliz y nunca bien ponderado encuentro!

LUIS ¡Don Magnífico!

PAQ. ¡Adelante, adelante!

LUIS Pase usted, pase usted.

MAG. ¡Bella Paquita!... ¡Hechicera Clotilde!... ¡Caro Luisito!...

PAQ. Suprima usted las reverencias y los cumplidos.

CLOT. Sí, sí, con confianza.

LUIS Como nosotros le tratamos.

PAQ. Usted es casi de la familia.

MAG. ¡Honor que estoy muy lejos de merecer!

LUIS Nada, nada, adelante.

MAG. Obediencia es cortesía, según dijo... (Se adelanta.)

LUIS Tito Livio.

MAG. Fué Tito Livio.

JUL. Y á mí no me dice usted nada, ¿eh?

MAG. ¡Oh, tierno capullo! perdona mi descortesía: no te había visto.

JUL. Si ha sido por eso...

MAG. ¿Por qué había de ser, perla oriental?

CLOT. Siéntese usted y cuéntenos algo de esas cosas raras que usted sabe, para que se nos pase el mal humor. (Le pone una silla.)

MAG. Hoy no estoy en vena: también yo me siento mal humorado. (Se sienta. Mariano sale por el foro y se va por la primera izquierda.)

LUIS ¿Pues qué le pasa á usted?

MAG. ¡Una friolera, querido don Luis, una friolera! Los mosquitos me han declarado la guerra y no me dejan punto de sosiego; han elegido mi pobre cabeza por campo de sus operaciones, y me traen frito, como vulgarmente se dice, á picotazos. Esta tarde me eché á dormir la siesta, y vea usted cómo me han puesto.

PAQ. ¡Vaya por Dios!

LUIS ¡Sí, sí!

CLOT. ¡Qué barbaridad!

MAG. No hallo medio de acabar con ese alado insecto.

JUL. (Le pone el gorrito que ha hecho.) Para que no le piquen á usted. ¡Ji, ji, jiii!

PAQ. ¡Julita!

CLOT. ¡Boba! (Luis ríe.)

JUL. ¡Como le dan tanta guerra!...

CLOT. ¿No sabes que mamá no gusta de que se tengan bromas con la calabaza, digo, con la cabeza de don Magnífico?

LUIS (¡Tiene gracia!)

JUL. Si ha sido una broma. ¡Ji, ji, jiii!

PAQ. Vete á estudiar, anda.

MAG. Déjenla, déjenla que bromee.

PAQ. No, no, que esta niña no tiene respeto á nadie. (La lleva á pura fuerza hasta la puerta de la derecha.)

CLOT. Dos añitos más de encierro son los que le hacen falta.

MAG. ¡Pero si no me ha molestado! ¡Si tiene... mucha gracia, sí, mucha gracia! (Sale Mariano por la izquierda.)

MAR. La señora le... (La risa que le entra al ver á don Magnífico con el gorro no le deja acabar. Tres ó cuatro veces intenta dar el recado y otras tantas se le llena la boca de risa, y como es contagiosa, los demás ríen. Don Magnífico está que echa las muelas, pero lo disimula.) La señora le espera.

LUIS Deje usted que le quite el gorro.

PAQ. ¡Qué ocurrencia de chiquilla!

MAG. ¡Muy graciosa! ¡Muy graciosa!

LUIS Sí.

MAG. ¡Es una monada la tal Julita! (Se va por la primera izquierda.)

CLOT. ¡Ja, ja, jaaa!

LUIS ¡Pobre don Magnífico!

PAQ. Es un infeliz.

MAR. (A Clotilde.) El señorito Carlos está ya en la calle rebajando el piso.

CLOT. ¿Sí?

MAR. Hace un rato. (Se va por el foro.)

CLOT. Voy al momento.

LUIS Pero, ¿qué es eso?

CLOT. Nada. ¿A tí qué te importa?

LUIS ¿Cómo que no me importa?

PAQ. ¡Qué suerte tienes!

CLOT. Mejor es la tuya.

LUIS Pero...

CLOT. Ni una palabra. (Se va por el foro. Luis la sigue hasta la puerta.)

LUIS Pero oye, Clotilde, ven acá.

CLOT. (Dentro.) Ya te contaré; no me entretengas ahora.

LUIS ¡Qué reservada es!

PAQ. Dice que son simples escaramuzas de amor.

LUIS Pues así suelen comenzar las grandes batallas.

PAQ. Es verdad. ¿Y cómo vienes hoy tan temprano? ¿no hay partida de juego ó es que te vas haciendo hombre de bien?

LUIS No he querido probar fortuna: me dieron ayer una paliza ..

PAQ. ¿Perdiste?

LUIS Cinco mil pesetas.

PAQ. ¡Luis!...

LUIS Otros días las he ganado: así es el juego.

PAQ. Pero, ¿cómo no dejas ese vicio... y los otros?

LUIS ¿Cuáles son los otros?

PAQ. Esas diversiones en la Bombilla y... ¿no ves que tú mismo das la razón á tiito Pío?

LUIS Sí, ya sé que dice que soy un bala perdida; y dice el evangelio.

PAQ. No tanto; pero ligerillo de cascos...

LUIS Me conozco bastante y me juzgo yo mejor que nadie, Paquita. Soy un calavera, un juerguista... sí, sí, todo esto y algo más; ahora, no sé si por condición, por instinto, porque el barro de que estoy formado es malo, ó por defecto del alfarero que no supo, ó no cuidó de hacerme mejor y de infundir en mí la idea del deber y el sentimiento de lo bueno. Y cree que esta vida me va hastiando, no me divierte ya.

PAQ. Sí, observo con gusto que ahora te recoges más temprano y que sales menos, bastante menos, que antes.

LUIS Me distraigo aquí más que en parte alguna.

PAQ. No será por las distracciones que hay. ¡Casa más aburrida y más triste!...

LUIS — A tí te lo parece.

PAQ. — Y es verdad. Entre todas no somos capaces de alegrar á un gato chico.

LUIS — Tú solo alegras un mundo.

PAQ. — ¡Echa alegrías!

LUIS — ¿Crees que exagero?

PAQ. — Como te reunes tanto con esos toreros andaluces, se te ha pegado mucho lo de la tierra.

LUIS — ¿No dicen que cada hombre es un mundo? Pues si me alegras á mí...

PAQ. — Es que ese mundo necesita muy poquito para alegrarse.

LUIS — Dos cosas nada más: una mirada de esos ojos y un beso de esa boca.

PAQ. — ¡Cómo me engañas, trapalón!

LUIS — ¡Si eres la reina de mi pensamiento y de mi albedrío, la mujer en quien tengo todas mis complacencias!

PAQ. — ¡Qué bien me suenan esas palabras!

LUIS — ¿Sí?

PAQ. — A música.

LUIS — Dame un beso.

PAQ. — Eso ya es desafinar.

LUIS — ¡Graciosa! ¡Bendita seas, flor de las flores! Ven acá. (La coge las manos.) Siéntate aquí, á mi lado.

PAQ. — No, no, Luis, que el demonio no duerme...

LUIS — Ven.

PAQ. — No insistas, ni te empeñes en lo que no puede ser.

LUIS — ¡Sí por eso suspiro, Paquita mía! ¡Un beso! ¿Sabes tú lo que es para mí un beso tuyo?

PAQ. — Pero piensa donde estamos, respeta tu casa; considera que mamá puede enterarse y... tendría que salir de aquí, y entonces, sobre perder para siempre su cariño, sufriría también la tristeza y la pena de no verte. ¡No, no, no, Luis, no!

LUIS — Mamá no sabrá nada mientras nosotros seamos discretos.

PAQ. — No lo es el amor.

LUIS — Tiene entera confianza en los dos y en tí más aún; y si vislumbrara algo no nos faltarían medios para desvirtuar su sospecha.

Con hacer una confesión general, ó ir á unas cuantas conferencias á los Padres... tan convencida.

PAQ. Tú lo ves todo con los ojos de tu deseo.

LUIS No parece sino que tú no la conoces.

PAQ. Sí, pero...

LUIS No hay cuidado. Ven acá. (Le vuelve á coger las manos, y se sientan en el sofá.) Hablemos de nosotros, de nuestros amores. ¿Me quieres mucho?

PAQ. ¿Y tú á mí?

LUIS ¡Más que á mi vida! Vales más á mis ojos que todas las mujeres de la tierra. No la hay más bella. No sabía yo lo que era amor, Paquita. Yo asistía á la vida como quien asiste á la representación de una comedia cuyos personajes le divierten; pero no le interesan: he viajado mucho, he visto bastante, he corrido, he tratado mujeres, muchas mujeres, rubias, morenas... ninguna logró interesarme: me divertían, y de las mujeres que divierten no se enamora uno. Pero viniste tú y despertaste mi corazón con el fuego de tus ojos; y la sonrisa de tu boca fué para mí la gota de rocío que el alba deposita sobre las flores... sentí anhelos de goces desconocidos, ansia de vida y de alegrías... Un rayo de luz había penetrado en mi alma, iluminando hasta lo más hondo y escondido de mi ser. ¡Entonces supe lo que era amor: la luz del mundo, la alegría de la vida! No hay nada más fuerte y poderoso en el cielo y en la tierra, no hay lazo que más ate ni redes que más aprisionen. ¡Bendita seas tú que me lo has traído!

PAQ. ¡Tampoco yo lo sabía y hoy sueño una vida venturosa á tu lado, un mundo de goces infinito, dulzuras inefables, dichas eternas! Mi alma andaba, como la mariposa, revoloteando en torno de la luz que la atraía, sin saber por qué: daba vueltas y vueltas, acercándose más y más, hasta tocar con los extremos de sus alas algunas veces en la luz; pero no se quemaba. Esta atracción la

sentía mi alma, pero no era amor, era inclinación á amar. ¡Hoy la mariposa se ha quemado, mi alma cayó en la luz y puedo llamarla enamorada!

LUIS ¡Paquita mía!... (Va á besarla y en esto se oye dentro la voz de Julita.)

JUL. ¡No me da la gana, no me da la gana y no me da la gana!

PAQ. ¡Julita viene! (Se separan.)

JUL. (Saliendo por la derecha.) ¡Eso es, esó es y eso es!

MAD. (Que sale detrás con un libro en la mano.) *Se lo digé* á mamá.

JUL. Y á mí ¿qué? ¡Como si se lo quiere usted decir al Nuncio!

LUIS ¿Qué te pasa?

JUL. Que se han empeñado en hacerme sabia y no me llama Dios por ese camino, ni yo quiero tampoco eclipsar la fama de Salomón.

LUIS Haces bien.

JUL. He de aprender inglés, francés.. y todavía no sé el castellano.

MAD. Hase ocho días que estamos en una misma lesión de Gramatica.

JUL. Y los que colean.

PAQ. Será muy difícil.

JUL. ¡Que si es!

LUIS Déjela usted por hoy, que descanse ya.

MAD. *Tres bien, tres bien.* (Se va por la derecha.)

JUL. ¡Qué bueno eres!

LUIS Sí, sí, descansa, rica. (La acaricia.)

(Salen por la izquierda doña Rosario y don Magnífico. Doña Rosario trae en la mano el sombrero.)

ROS. Que esté todo dispuesto.

MAG. Según desea mi señora.

LUIS ¡Hola, mamá!

ROS. Hijo... (En esto sale por el foro Clotilde.)

CLOT. Ya están ahí el maestro de baile y el de guitarra.

JUL. (Saltando de gozo.) ¡Ole! ¡ole! Eso me gusta más que el francés y el inglés.

ROS. ¿Quién es ese maestro de guitarra?

LUIS Un múchacho que toca como los propios ángeles. Le llaman Frasquito el «Chocolatero».

JUL. ¡Ji, ji, jiii!

LUIS Es amigo mío.

CLOT. Le encargué yo que me lo buscara.

ROS. ¿Y á qué quieres tú aprender esas tonterías?

CLOT. No, mamá, no; no son tonterías.

MAG. ¡Oh! La guitarra es un armonioso instrumento, hermano del laud y de la lira que tañen las musas en el Parnaso. El origen de la guitarra...

LUIS Se pierde en la obscuridad de los tiempos.

MAG. Sobre este punto no están conteste los autores. Yo tengo para mí... (En esto aparece don Pío en la puerta del foro. Es hombre de cuarenta y cinco años, elegante sin afectación, culto sin pedantería. Gasta barba, cuidadosamente peinada, y usa lentes de oro.)

PÍO ¿Se puede entrar?

JUL. ¡Tiíto!... (Corre á besarlo.)

MAG. ¡Mi querido don Pío! (Le hace una profunda reverencia. Doña Rosario toma una actitud seria; Paquita, Clotilde y Luis de contrariedad.)

PAQ. ¡Qué oportunidad!

CLOT. Como siempre.

PÍO (Adelantándose.) ¿Hay hoy recepción? He visto ahí dos diplomáticos...

ROS. Vayan ustedes á dar la lección. Anda, Julita, y tú, Clotilde. Acompáñalas, Luis.

LUIS Andando. (A Paquita.) Ven tú también. Hasta luego.

PÍO ¡Adiós, buena pieza!

PAQ. ¿Quiere usted pasar?

PÍO No, hija mía.

CLOT. Adiós. (Se van Paquita, Clotilde y Luis por la derecha.)

JUL. Dígale usted á las primas que voy á aprender á tocar la guitarra, y que ya sé bailar las sevillanas y el *ole*.

PÍO Bien, bien.

ROS. Anda, y no les hagas esperar. (Se va Julita por donde los otros.)

PÍO Sí, que esas cosas son ¡importantísimas! El mejor día hacen tus hijas la competencia á esas estrellas del género ínfimo. ¡Ja, ja, jaaa!

MAG. ¿Usted, caro don Pío, parece poco aficionado al baile?

PÍO Según se tome.

MAG. ¡Oh! Usted no debe ignorar que los pueblos más cultos y florecientes se distinguieron por su amor á la danza, y que los más grandes hombres sintieron por ella singularísima predilección. Epaminondas en Grecia no me dejará mentir: fué un gran hombre, y...

PÍO Un gran danzante.

MAG. ¡Oh! El culto á Terpsícore es tan antiguo que se pierde en la obscuridad de los tiempos.

PÍO Ya Adán y Eva salieron danzando del Paraíso... (Se sienta.)

ROS. Haga usted el favor de decir que enganchen el coche, y termine usted los estatutos de la Visita Josefina.

MAG. Una pregunta: ¿la Asociación se dividirá en coros?

ROS. Y cada uno se compondrá de veinte señoras.

MAG. Enterado. ¡Adiós, señora! ¡Adiós, mi dulce amigo! (Se va haciendo reverencias por el foro.)

PÍO ¿Conque, á lo que infiero, se trata de fundar otra nueva asociación?

ROS. Sí, la Visita Josefina. Muy útil é interesante. Ya está establecida en otras partes.

PÍO ¿Os parecen pocas las que tenéis?

ROS. Son antiguas y van decayendo.

PÍO Vamos, os habéis cansado de ellas y queréis cosa nueva.

ROS. Son convenientes estas novedades para fomentar la piedad. El domingo, Dios mediante, será la función solemne.

PÍO ¿Se estrenará ese órgano que has costeado?

ROS. Sí; no te invito porque como sé que no te gustan estas cosas...

PÍO No, no me gustan esas solemnidades tan fastuosas y espléndidas que celebráis, á las cuales se suele entrar con tarjeta, como á las funciones de gala, y se invita al orador de más fama para que en un discurso muy florido os lisonjee y adule, y se canta una misa ó una salve con su coro de niños,

cuando no de señoritas, que se dan casos. Para mí el templo es la casa de Dios, lugar de recogimiento del espíritu, y la religión cosa muy santa para tomarla por *dandysmo*.

Ros. ¿Qué sabes tú de eso?

Pío La mayoría, y si digo todas no exagero, de las que os dedicáis á esas prácticas que decís piadosas, lo hacéis porque está de moda, y ni siquiera sois consecuentes con vuestras devociones.

Ros. ¡Calla, Pío, calla!

Pío Sí, Rosario, sí. Hoy fundan los Padres H, han de ser frailes, se pintan solos para inventar modas religiosas, una asociación titulada *La Santa Vela*, pongo por devoción; y no hay una de vosotras que no pertenezca á ella en clase de directora, secretaria, tesorera, ó simple socia: estos cargos ya los distribuyen ellos según la posición social y el abolengo de cada una. Es la moda, el figurín. Pero mañana vienen los reverendos Padres X, sus hermanitos en religión, y con el mejor fin del mundo le hacen la competencia estableciendo la asociación del... *Santo Cirio;* y atraídas por la novedad, acudís todas á poner vuestros nombres en la lista de socios, dejando al paso la limosna correspondiente, sin la cual ni arde ni luce el cirio, y os entusiasmáis con esta novísima devoción, y la propagáis, y la extendéis... primero sois vosotras, las elegidas, quienes gozáis de sus gracias, prerrogativas y excelencias, luego sus más allegados, hasta que la conoce el pueblo... Mientras tanto, el entusiasmo por ésta va entibiando el fervor á la otra; y hoy la deja una, mañana dos, tres... hasta que se extingue. Pasó la moda, ya no se lleva, el figurín ha traído otras novedades.

Ros. Hablas por hablar, censuras por sistema.

Pío Santo hay á quien habéis regalado con esplendoroso culto, y colocado casi por encima de Dios, y hoy no tiene el pobre una sola devota que se acuerde de él.

Ros ¿Pero qué idea tienes?

Pío La de que tenéis más vanidad que sentimiento cristiano; no seguís las máximas de Cristo, sino que las acomodáis á vuestros gustos y conveniencias y formáis una religión caprichosa, cómoda, divertida, apropósito para distraer vuestros ocios y satisfacer vuestro desmedido orgullo.

Ros. No disparates, Pío, no disparates. Esas ideas no las tiene nadie.

Pío Muchos, solo que son unos cucos y se las callan, y yo tengo la franqueza de decirlas. Pero dejemos este tema, harto enojoso para ti, y vamos al asunto que me trae. Ya sabrás que mañana salgo para Londres.

Ros. No sabía nada.

Pío Desde allí me escribe nuestro hermano Alfonso encargándome lo que verás en su carta. (Le entrega una.) Entérate bien.

Ros. (Lee la carta.) Me extraña mucho...

Pío A mí no me extraña nada.

Ros. (Leyendo en alta voz.) «Y tráete á mi Paquita... á mi...»

Pío Paquita, Paquita, sí, eso dice.

Ros. (Continúa leyendo.) «Ya me dirás más detalladamente lo que ocurre.» ¿Qué es esto, Pío?

Pío Ya lo ves: que Alfonso quiere llevarse á su hija.

Ros. ¿Y qué motivos tiene para ello?

Pío Los que yo le he expuesto. No, no, no te molestes ni te ofendas: es mera previsión. Alfonso, á ruegos tuyos, te dejó á su hija para que cuidaras de ella, para que fueras su guía, su madre, ya que tuvo la desgracia de perderla cuando niña. Error lamentable. No sabía que mal puede educar hijos ajenos quien no sabe cuidar de los propios.

Ros. ¿Qué dices?

Pío Ni cuidas hoy ni has cuidado nunca de ellos. Cuando niños les entregaste, el uno, á los frailes, las otras, á las monjas: hombre ya Luis, le dejas lanzarse á los peligros que la vida ofrece sin haber oído tus consejos y amonestaciones; le das dinero largo, liber-

tad completa apenas salido de la Universidad y libre de la odiosa disciplina de los Padres, que es el mayor incentivo y despertador de los vicios; le abandcnas á su propio impulso: mujeres, Clotilde y Julita, satisfaces todos sus caprichos con tal que no te molesten ni te distraigan de tus ocupaciones piadosas, y confías su cuidado y vigilancia á una señora francesa ó inglesa. ¿Es esto educarlos?

Ros. ¿Qué quieres: que deje mis devociones para consagrarme día y noche á ellos?

Pío Ese es el primero y el más sagrado de los deberes de una madre. Los hijos son como plantas tiernas y delicadas que hay que cuidar con solicitud y cariño en la estación invernal, si queremos que al venir la primavera se vistan con la pompa y gala de sus hojas y flores y den luego sabrosos y exquisitos frutos: quien no los cultiva se expone á que los fríos y los hielos las maten é impidan su germinación. Esto te pasa á ti: no eres jardinero solícito y cuidadoso, vives sin pensar en las flores de tu huerto y no ves...

Ros. ¡Habla claro!

Pío Paquita y Luis se aman. (Doña Rosario hace un signo de incredulidad.) No lo dudes: se aman. Pero no está el mal en los amores, sino en los medios de desarrollo con que cuentan: son jóvenes, están en la edad de las grandes pasiones, ella es vehemente, él, apasionado y sin freno, viven bajo el mismo techo... y las flores se marchitan pronto: basta un soplo para mustiar las violetas y las azucenas ¿Me comprendes?

Ros. Lo bastante para confirmarme más en que eres un malicioso. ¿Crees que serían capaces?...

Pío ¿Lo dudas tú?

Ros. Tengo en mucho la honradez de mi hijo y en más aún la virtud de mi sobrina.

Pío Con todo, no es prudente afrontar el mal; lo más seguro es apartar y remover todos

los peligros, aunque sea mayor virtud y mérito el vencerle cara á cara.

Ros. (Se levanta.) ¡Basta ya! ¡Que no has de venir una sola vez á esta casa que no sea para mortificarme y escarnecerme!

Pío Te digo la verdad, y nada más que la verdad.

Ros. ¡Insultos y calumnias!

Pío Yo cumplo con...

Ros. (Sin dejarle acabar.) ¡Basta he dicho!

Pío Bien. (Se levanta.) ¿Y qué decides de tu sobrina?

Ros. Tú, que te has erigido en su guarda y custodio, dispón lo que quieras.

Pío Pues mañana partirá conmigo. Dila tú que su padre la llama, que tiene deseos de verla, y nada más. Adiós. Y cálmate, Rosario, cálmate. No es mi ánimo molestarte ni escarnecerte. Ya sé yo que todo esto es duro, muy duro; pero ello es así, y las verdades son como las cantáridas: que si por de pronto molestan al paciente, acaban por curarle. Adiós. ¿Deseas algo para casa?

Ros. ¡Nada!... Da recuerdos.

Pío De tu parte. Adiós. (Se va por el foro.)

Ros. (Está que ruge.) ¡No sé cómo he tenido calma para escucharle! ¡Qué no habrá escrito á mi hermano para obligarle á esto! ¡Si es malo! ¡Si es malo! ¡Pensar que mi hijo y Paquita!... (En esto salen Paquita y Luis por la derecha; ella delante, perseguida y temerosa, en su rostro se ven las huellas que marcaron los besos. Al ver la actitud de doña Rosario se miran recelosos. Doña Rosario á su vez quiere escudriñar el pensamiento de ambos.) ¡Ah! ¿Será cierto?

Paq. (Estoy avergonzada.)

Luis (Algo grave ocurre.)

Ros. ¡No, no! ¡Es un malicioso, sí, un malicioso!

Luis ¿Qué te pasa, mamá?

Ros. Nada, hijo, nada.

Paq. Apuesto á que tiíto le ha dado algún disgusto.

Ros. Como siempre que viene.

Luis Pero, ¿á qué le haces caso, si sabes que es un descreído y un maldiciente, y que no

persigue otro fin que hacerte renunciar á todas tus devociones?

ROS. Dices bien, hijo.

CLOT. (Saliendo por el foro.) ¿Qué me ha dicho tiíto: que mañana se marcha Paquita?

PAQ. ¡Yo!

LUIS ¿Cómo que se marcha?

ROS. Sí.

PAQ. ¡Pero tiíta!...

LUIS ¿Y por qué?

CLOT. Eso digo yo: ¿por qué?

PAQ. (¡Si sabrá!...)

ROS. Su padre la llama y ha encargado á tío que se la lleve. Le ha contado no sé qué cuento...

LUIS ¿Y por qué no te ha escrito á tí? Eso no puede ser. Todo esto son manejos del tío y nada más.

CLOT. ¡Si es de lo que no hay!

ROS. No me gusta la determinación de tu padre, Paquita; pero yo no puedo oponerme á ella.

PAQ. (Disimulando la tristeza que le ha producido la noticia.) Tendrá ya ganas de verme, tiíta. (Aparece Mariano en la puerta del foro.)

MAR. Señora, el coche.

ROS. Voy al momento. (Se pone el sombrero.)

LUIS ¿A dónde vas?

ROS. A la junta. (Paquita se sienta.)

LUIS ¿Quieres que te acompañe?

ROS. No; viene conmigo don Magnífico.

CLOT. Que no te sofoques con el padre Molina.

ROS. No.

CLOT. Y que vuelvas en seguida, que á las diez tenemos que estar en el teatro.

ROS. Sí, en seguida vuelvo. Vosotras mientras..

CLOT. Ya sabemos lo que tenemos que hacer: examen de conciencia.

ROS. No te entristezcas, Paquita. (La da un beso.)

PAQ. ¡Lo siento mucho, tiíta!

LUIS Te acompañaré hasta la puerta.

ROS. Adiós.

CLOT. Adiós, mamá.

PAQ. Adiós, tiíta. (Se van doña Rosario y Luis por el foro. Clotilde les acompaña hasta la puerta, donde permanece unos instantes. Pausa.)

PAQ. ¡Me lo temía!

CLOT. (Se adelanta.) ¿Estás triste, Paquita?

PAQ. Sí, Clotilde.

CLOT. También á mí me ha causado pena la noticia.

PAQ. Cuando debía haberme llenado de alegría me ha entristecido. Muchos deseos tengo de ver á papá, de abrazarle, de cubrir su cara de besos... pero siento alejarme de ustedes. En esta ocasión tira más otro cariño, Clotilde.

CLOT. Sí, el de Luis. Ya lo había sospechado.

PAQ. ¿A qué ocultártelo á tí que me quieres y no tienes secretos para mí?

CLOT. Y acaso sea esa la causa de...

PAQ. No busques otra.

CLOT. Pues no me parece bien.

PAQ. Sí, Clotilde, sí, debo irme.

CLOT. ¿Qué mal hay en ello?

PAQ. Luis se ha apoderado de mi alma y de mis sentidos, y es un peligro para mí.

CLOT. Si así lo crees... cuando tú lo aseguras será verdad; pero yo no veo tanto peligro, ni comprendo...

PAQ. ¿Has besado á Carlos?

CLOT. Eso quiere.

PAQ. Pues cuando le hayas besado lo comprenderás.

CLOT. Esperándome debe estar, porque hablé antes con él por el balcón... y se empeña en que baje á la reja. ¿Qué hago, Paquita?

PAQ. ¿Le quieres?

CLOT. Sí.

PAQ. Pues baja.

CLOT. No le digas nada á Luis. Voy á aprovechar la ocasión. (Se va por la derecha.)

PAQ. (Después de una pausa.) ¡Qué he hecho yo! ¡Qué situación tan bochornosa la mía! (Sale Luis por el foro.) ¿Ves lo que te decía, Luis? ¡Todo se ha descubierto!

LUIS Sí, aunque mamá no acaba de creerlo. Tío nos ha delatado; pero sus planes vendrán á tierra como edificio levantado sobre arena.

PAQ. ¿Qué piensas hacer?

LUIS — Estorbarlo, impedirlo sea como sea.

PAQ. — ¡Imposible! ¿De qué medios nos valdremos? Cualquier pretexto aumentaría más la sospecha, confirmaría la verdad.. ¡Es forzosa la separación!

LUIS — Tendría antes que renunciar á tí, y eso nunca. Hay un medio, uno solo. ¿Lo adivinas?

PAQ. — La...

LUIS — ¡La fuga!

PAQ. — ¡Oh! ¡No, no, no, Luis, por Dios! ¡Aparta esa idea!

LUIS — Pues no hay otro.

PAQ. — Sí, Luis, sí. Mira: yo me marcho mañana, y no por eso he de olvidarte; te querré como ahora, más si cabe, me acordaré de tí á cada minuto, á cada instante, siempre pensaré en tí: no podrá la ausencia apagar ni entibiar siquiera mi cariño; y tú puedes, debes pensar lo mismo en mí, no olvidarme, quererme como me quieres, escribirme todos los días... sí, esto es lo que debemos hacer; ¡huir, no!

LUIS — ¿Luego te avienes á la separación?

PAQ. — Comprende que no es voluntaria; es que...

LUIS — ¡No me quieres, Paquita!

PAQ. — ¡Eso no, Luis!

LUIS — Sí, has coqueteado conmigo.

PAQ. — Te repito que no; yo he ido hacia tí atraída por una fuerza misteriosa é irresistible, como van el río á la mar y el humo á las nubes; lo que he hecho contigo ha sido, no por capricho, sino por instinto; no con estudio y cautela, sino ciegamente y poniendo en ello todo mi ser y toda mi alma.

LUIS — Pues si es verdad que me quieres, arróstralo todo como yo. ¿Por qué vivir esta vida de hipocresías? ¿Por qué poner candados al corazón y celosías á los ojos para mirarnos, pudiéndonos decir tantas cosas con ellos á la luz del sol? ¿No es tu dicha mejor vivir siempre conmigo?

PAQ. — ¡No me atormentes, Luis!

LUIS — ¿Por qué viniste aquí? ¿Por qué me has hecho creer que me querías? ¿Por qué tu boca

buscó la mía y se abrasó y la abrasó con el fuego de la pasión?

PAQ. ¡Pero si no hay razón para hacer una locura!

LUIS Te amo, y esta es la razón más poderosa de todas las razones. Además, ¿no comprendes que el llamamiento de tu padre es una oposición manifiesta á nuestro cariño? Tío le habrá dicho que soy un perdido, un calavera... y ¿cómo va á consentir en que seas mía, pensando que voy á labrar tu desdicha? Te aconsejará que me olvides, y lejos de mí, acabará por convencerte, y me olvidarás. ¡No, no, Paquita mía!

PAQ. ¡Pero tiíta!...

LUIS ¡No pienses en nadie! ¡Pon todo tu pensamiento en el bien que nos espera y verás convertirse la tierra en camino de flores y la vida en dicha eterna!

PAQ. ¡Si no me atrevo!

LUIS ¡No temas nada! Mira, bajamos por la escalera interior; por la puerta de la cochera podemos salir sin ser vistos de nadie; montamos en un coche en la esquina...

PAQ. ¡Sea lo que tú quieras!

LUIS ¡No temas!

PAQ. ¿Viene alguien? (Luis mira por todas las puertas y Paquita mientras se pone el sombrero.)

LUIS ¡Nadie! ¿Por qué tiemblas?

PAQ. ¡Salgamos pronto! (Se van por la izquierda último término. A poco sale Mariano por el foro.)

MAR. Juraría que estaban aquí el señorito y la señorita.

JUL. (Sale por la derecha.) ¿Dónde están Clotilde y Paquita?

MAR. No lo sé, señorita. (Se va por la izquierda último término. En esto salen por el foro doña Rosario y don Magnífico.)

ROS. Bien sabía él con quién tenía que habérselas.

JUL. ¿Estás aquí ya, mamá?

ROS. Ya, hijita. No hemos podido celebrar Junta por falta del padre Molina. Entre él y tiíto buen día me han dado.

JUL. ¿Tiíto Pío?

ROS. Sí, hija mía, sí. Pero afortunadamente la

Providencia sabe endulzar los sinsabores y las señoras de la junta propondrán mañana un voto de gracias como premio á mis desvelos. (Sale don Pío, muy agitado, por el foro.)

Pío ¡Rosario!

Ros. ¿No estas satisfecho aún?

Pío ¿Dónde están tu hijo y Paquita?

Ros. ¿Por qué lo preguntas?

Pío Quisiera engañarme, pero...

Ros. ¿Qué ocurre?

Pío Lo que yo me temía. ¡Se han fugado! Acaban de montar en un coche en la parada de enfrente.

Ros. ¡Mientes, Pío! (Toca el timbre.) ¡Vas á ver cómo mientes!

Pío ¡Sí, llámalos!

Mag. ¡Don Pío!...

Jul. ¡Pero, tiito!...

Mar. (Sale por la izquierda.) ¿Qué desea la señora?

Ros. El señorito Luis y la señorita Paquita, que vengan en seguida.

Mar. No están en casa. Los he visto salir hace un momento por la puerta de la cochera.

Ros. ¡Dios mío! (Se deja caer en una silla.)

Jul. ¡Mamá! (Corre á su lado.)

Pío ¡Lo ves! ¡Qué responsabilidad tan grande!

Ros. Pero estos criados, ¿de qué sirven? Tú, que los has visto, ¿cómo no lo has impedido?

Pío No he podido, y no culpes á nadie de tu abandono.

Ros. ¡Cómo figurarme!...

Pío Yo, sí, y no pecas por ignorancia. Y si continúas como hasta aquí se repetirá esto y no ha de tardar mucho.

Ros. ¿Quizás Clotilde!...

Pío Clotilde, que abajo la tienes hablando con su novio.

Ros. Mañana vais las dos al convento con las Madres.

Jul. ¡Pero si yo!...

Pío No está ahí el remedio. Deja tú esas Asociaciones y Juntas, conságrate á tu casa y á tus hijos, sé, ante todo, buena madre, y da «á Dios lo que es de Dios y al César, lo que es del César.» (Telón.)

Obras del mismo antor

Por egoismo, drama en tres actos (agotada).

¡Día feliz!, entremés. (Tercera edición.)

La cruz de Mayo, sainete.

Las dos muñecas, entremés.

El otorgo, sainete.

El cercado ajeno, comedia en un acto. (Segunda edición.)

La alegría que vuelve, comedia en un acto.

Precio: UNA peseta